

EL PORVENIR

PERIÓDICO CARLISTA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre, 1 peseta; un semestre, 2 fd.; un año 4 fd.; número suelto, 0,10 fd.

Pago adelantado.

Se publica los miércoles.

Administración: Calle de la Sal, núm. 6, piso 2.º

á donde deberá dirigirse toda la correspondencia.

TARIFA DE ANUNCIOS

En tercera y cuarta plana, á precios módicos.

Por ajuste de trimestres completos, se hará el 10 por 100 de rebaja.

¡GLORIA Á MARÍA INMACULADA!



PAEZ.FMA

TRIUNFAREMOS

Sí, triunfaremos, sin duda, con la protección de la Inmaculada Virgen María, que ha sido siempre el martillo de todos los errores, de todas las herejías, y lo será también ahora del liberalismo. Triunfaremos, pero bajo la condición de ser contados en el número de sus hijos y de tomar parte en la lucha entablada, en la universal guerra en que figuran arrogantes y envaleñados todos sus enemigos. Triunfaremos si sacudiendo la pereza que nos enerva; si renunciando a una paz falsa y engañosa que nos ha conducido hasta ahora a una glacial indiferencia; si abandonando el camino peligroso del humano respeto, de la sumisión injustificada, de la condescendencia cobarde, nos aprestamos pronto, muy pronto, porque va siendo tarde, a la organización y resistencia franca y decidida, a la lucha tremenda a que nos llaman todos los errores, todas las herejías, todas las ideas revolucionarias, amparadas por el liberalismo y puestas en orden de batalla para aniquilarnos.

Siempre ha habido guerra en el mundo, porque es ley de la historia.

Empezó en el Paraíso permitiéndola Dios para prueba de la virtud del hombre y para merecer en ella los laureles del triunfo y la inmarcesible corona de la gloria. Yo pondré enemistades, dijo a Satanás escondido en la serpiente, entre tí y una mujer que aparecerá en el correr del tiempo y entre su descendencia y tu descendencia. Ella quebrantará tu cabeza.

La sangrienta escena que se realiza en la primera familia, entre dos hijos de la primera familia, es el primer eslabón de la cadena que alcanzará al último día de los tiempos, ó el prólogo de la historia del linaje humano que finalizará con el último de los hombres.

Y a medida que el linaje humano se desenvuelve y multiplica, crece y se multiplica la fratricida lucha, y van en aumento la corrupción y el vicio, el espíritu del mal reina y se enseorea del corazón humano hasta el extremo de que, excepción hecha de un puñado de hombres, toda la tierra dobla ante él la rodilla y le ofrece sacrificios, le da culto y le consagra en rendido homenaje, indebidas adoraciones.

Al aparecer la mujer anunciada en el Paraíso, y la descendencia de esa mujer privilegiada, el poder de Satanás disminuye; pero queda su descendencia movida por su espíritu, y la lucha continúa cada vez más enardecida y sangrienta, aunque más provechosa y favorable a los hijos de la luz, a los afiliados a la bandera del bien, a los soldados del gran Rey de cielos y tierra.

San Agustín, en su incomparable libro de «La Ciudad de Dios», señala con vista de águila esta ley de la lucha entre las dos ciudades de Dios y de Satanás, y el progreso del bien sobre el mal en el transcurrir de los tiempos. Hombres elegidos por Dios anuncian al mundo la buena nueva, y los hijos de Satanás pretenden ahogar su voz segando sus gargantas; pero la luz de su doctrina ha herido ya la vista del hombre y la sangre vertida en testimonio de la verdad es la fecunda semilla que multiplica sus seguidores y acrecienta los valerosos ejércitos de la redentora doctrina. De su seno salen apóstatas y traidores que se pasan al campo enemigo, y la poderosa influencia de la Virgen Inmaculada desbarata sus planes y destruye sus herejías. Una y otra vez suscita el espíritu infernal nuevos acérrimos enemigos, y otros tantos quedan aplastados por el pie de la Virgen sin mancilla, a quien es preciso aclamar con la Iglesia, debeladora de las herejías. Esta es, en suma, la historia.

Pero nunca ha notado en sus páginas un periodo en que la acción del enemigo sea tan universal y uniforme; en que los propósitos sean más audaces y determinados; en que las fuerzas estén tan disciplinadas y decididas, y en que sea más de temer un triunfo más ó menos duradero de tan poderoso ejército.

Judíos y Mahometanos, Arrios, Nestorios y Luteranos, los ateos y materialistas de todos los tiempos, evocados por el liberalismo al frente de sus tropas, se disponen a arrollar en su marcha a los cruzados de la Iglesia de Cristo; y la verdad es que éstos, fiados en la promesa de su fundador divino y en la protección de la Inmaculada, no se preparan y

ordenan para el combate, como si no pudiera suceder que pereciéramos en la contienda. Pues bien; la tremenda hora se acerca; se siente el galopar de los caballos de los bárbaros; están acinadas las leñas para las hogueras destinadas a consumirnos; desdichados de nosotros si dejamos de tomar parte en la lucha.

El liberalismo es el enemigo: en sus diversos grados, el menos rabioso es el más temible; éste es el que ha franqueado las puertas a los perseguidores sin máscara; decláremos nuestra decisión de ser en combatirlos los primeros, y ofrezcamos a la Señora en la fiesta de hoy la firmeza de nuestro propósito.

Si lo cumplimos, con su valiosa protección, que no ha de negarnos, triunfaremos.

X.

A la Definición Dogmática de la Inmaculada Concepción.

Era venido el suspirado día, por el dedo divino señalado, para que el cielo oyera la armonía del himno más sublime que ha cantado el mundo, enamorado de María.

La mano augusta que grabó indelebles en el seno de todo lo creado las sabias leyes que la vida rigen, la que movió el abismo de la nada, la que del tiempo señaló el origen, la que la vida conoció increada, la que en el caos derramó armonías y en el vacío modeló grandezas, y en los abismos encendió los días y con la luz iluminó bellezas; la que en los días del vivir primeros selló los hechiceros:

secretos de las grandes maravillas; la que en el cielo derramó luceros como en la tierra derramó semillas; la que en los montes despeñó torrentes, la que en los valles ocultó palomas y desató las brisas y las fuentes, pintó los lirios y esenció las pomas; la que endulzó el sonoro de aves cantoras incontable coro; la que a los ojos de belleza avaros les mostró de los días el tesoro con ocasos teñidos de escarlatas, bellas auroras de oro y mediodías de bruñida plata...

La mano omnipotente que hizo de limo la gentil figura de la primera humana criatura, carne hermosa con alma inteligente...

Aquella sabia mano providente, magnánima, divina, quiso en un ser, por bello soberano, compendiar la hermosura peregrina que vertió en lo divino y en lo humano.

Y con la luz de todas las blancuras, con la clave de todas las grandezas, con el fuego de todas las ternuras, con la esencia de todas las purezas, con las mieles de todas las dulzuras y la cifra de todas las bellezas; grandiosa, exuberante, casta, ideal, magnífica y triunfante, más sencilla y gentil que las palomas, más hermosa que el día, más pura que la luz y los aromas, más hermosa que el sol... ¡hizo a María!

¿Y cómo no creerla pura y bella si morada de Dios iba a ser ella?

Y fué limpia morada del que pasó por ella, Cristo vivo, puras dejando sus entrañas puras. ¿Mancha el beso del sol la inmaculada nieve de las alturas?

El Dios que la creó quiso que el mundo sin su mandato PURA la sintiera... y el mundo bueno con amor profundo la sintió como era...

Ancianos patriarcas venerables, videntes y profetas, mártires incontables, teólogos y poetas, cenobitas y santos adorables, filósofos y estáticos ascetas... mundo meditador, mundo creyente...

¡todos en santa universal porfía tuvisteis en el pecho y en la mente la fe de la pureza de María!

Pero faltaba el eco soberano de la voz del Señor, nota primera del divino poema mariano...

¡indigno de ella fuera sin prelude de Dios un canto humano!

Y aquel sublime y venerable anciano que el místico rebaño dirigiera con luces celestiales en la mente, con llaves áureas en la augusta mano

y corona de espinas en la frente; el mártir generoso de alma de fuego y corazón piadoso que vivió sangre santa derramando, y pasó por la vida bendiciendo, y descendió al sepulcro perdonando; el justo, el perseguido, el del ardiente corazón herido que en santa caridad se derretía, ¡aquél fué el elegido para exaltar la gloria de María, para apagar el infernal rugido con el preludio santo del más sublime canto que de boca del hombre el cielo ha oído!

Oraba el justo con fervor profundo, callaba el cielo y esperaba el mundo...

Arrobado en coloquios divinales con el más grande amor de los amores, paladeando mieles edénicas, bálsamo de agudísimos dolores, en los ojos el fuego de los llantos y el del amor dulcísimo delirio, en las sienes el limbo de los santos y en la mano la palma del martirio, extático, magnífico, sereno, ebrio de caridad, de gracia lleno, cuando del cielo descendió el torrente de la divina inspiración gigante, tornó a sus ojos la mirada amante llena de amor ardiente, y grande, mayestático, triunfante, con las mieles de todos los consuelos, con una voz que resonó en la anchura del ancho mundo y de los anchos cielos, llorando de alegría y de ternura, clamó radiante:—¡INMACULADA Y PURA! —¡Inmaculada y Pura!, repitieron los ángeles que asisten a María, y la creyente muchedumbre humana con voz de amores, honda y soberana, —¡Inmaculada y Pura!, repetía.

Y toda la armonía con que sabe latir Naturaleza, se derramó en la inmensa sinfonía, y del aire en el ámbito profundo y de las almas en la fresca hondura, flotó un ambiente de ideal pureza, segundo redentor de todo un mundo puesto a las plantas de la Virgen Pura.

Y herida nuevamente con honda herida la infernal serpiente, silbó blasfemias con su lengua impura, moviendo al cielo guerra, y su chata cabeza ensangrentada golpeó sobre el polvo de la tierra, con rabia loca de soberbia hollada, y sus fauces cargadas de veneno, polvo amasaron con su baba horrible, y el cuerpo innoble, en convulsión terrible, se retorció sobre su propio cieno...

¡Gloria a Ti, Madre mía, que con tus plantas el abismo huellas y con tu luz disipas las negruras, áurea alborada del dichoso día de quien un rayo son las cosas bellas, de quien un rayo son las cosas puras!

¡Gloria canto a tus plantas, sol del Edén, de perfección dechado, de quien átomos son las cosas santas que el Señor en la vida ha derramado, de quien son un reflejo peregrino las estrellas de luz resplandeciente y el coro de querubes refulgente que forman el divino nimbo de luz de tu divina frente!

¡Dios te salve, María Inmaculada, de la gracia de Dios favorecida, y con todo el poder de Dios creada, y con todo el favor de Dios henchida, y con todo el amor de Dios amada, la sin pecado original nacida, la sin mancha Virgen coronada!

Flor de las flores, adorable encanto, Gloria del mundo, celestial hechizo, ¡Dios no pudo hacer más cuando te hizo! ¡Yo no puedo hacer más cuando te canto!

José María GABRIEL y GALÁN.

À MARÍA

Ave maris stella
Dei Mater alma.
Atque semper Virgo
Felix coeli porta.

SALVE, Madre Purísima de Dios! ¡Salve! ¿Qué preces podrán ¡oh María! dirigirte hoy nuestros pobres corazones? ¿Cómo tendremos valor para elevar nuestros miserables pensamientos hasta tu excelsitud, que forma las delicias de los Cielos y la complacencia de la Santísima Trinidad, de la que eres templo y Sagrario? ¡Bendita seas, Inmaculada ab eterno! Permitenos, segura puerta de la gloria, que unamos

nuestras tímidas alabanzas a las de todos los bienaventurados y a las de todos los coros angélicos y milicias celestiales. Tú, Virgen María, pensil cerrado, donde se encuentran todas las perfecciones, todas las virtudes en su grado más sublime y heroico: Tú, espléndido ramillete de flores bellísimas é ideales, cuyo perfume embriagador asciende hasta el trono del Altísimo, aumentando sin término ni medida sus goces celestiales: Tú, dulcísima Madre nuestra, Hija bendita del Eterno, óyenos. ¡Madre de Dios y hombre verdadero, no nos abandones!

Yo quisiera poseer la lira de oro con que aquel encendido querubín endulzaba los últimos momentos de mi P. S. Francisco para cantar tus alabanzas que, como mías, son siempre miserables y pobres.

Tú eres la radiante estrella que, en el revuelto y soberbio mar de este desdichado mundo, guías el incierto bajel de nuestra vida, destrozado por la furia de frenéticas pasiones, al seguro puerto de la gloria sin fin, y nos pagas las horribles ofensas que a diario inferimos a tu Hijo Divino, rogándole que nos perdone, porque Él y Tú, a cuyos pies se postran humildes y reverentes los cielos y la tierra y los abismos, sufristeis espantosa pasión para salvar a la desdichada humanidad, perdida por sus prevaricaciones.

Vuelve tus piadosos ojos, que dan la vida; que apagan el esplendor del sol y de todos los astros con su poderosa luz celestial, a esta desdichada España, que te adora y venera de rodillas; a esta infeliz España, que te implora y que tiene toda su esperanza en tus consoladoras promesas. Librala ¡oh Inmaculada Virgen! de la herejía moderna, que es el funesto compendio de todos los desvarios filosóficos y de todos los errores de la antigüedad extraviada. Despierta a los que duermen sin aprensión, tolerando lo menos malo, por censurable egoísmo, sin percatarse de que el enemigo está como fiera rabiosa preparando el artero golpe con que creen (¡ilusos!) que han de echar a pique la insubmersible barquilla de Pedro.

Bendice al soldado que te invoca y te ruega confiado y que por Ti está dispuesto a la muerte, defendiendo a la Religión y a la Patria. Si; protege y bendice al valiente Ejército, jamás vencido, aunque a menudo traicionado por los vividores sin pudor, sin patriotismo y sin honra, para los que sólo merecen sacrificios, el fausto y el interés personal.

¿Quién acudirá a Ti, Purísima entre todas las Virgenes más puras, y se irá desconsolado?...

Nos rodean todos los furores del infierno, y los delegados de Satanás nos asedian sin descanso. El liberalismo, última palabra del mal, no tiene momento de reposo, y apoderado de los públicos poderes, establece y legaliza el concubinato y amancebamiento con el nombre de matrimonio civil y destruye la familia, y por consiguiente, la sociedad entera. Ataca con furor y rabia al Monacato, que es la vanguardia de la Iglesia, el baluarte de la Religión y el centro de todo progreso en las ciencias, en las letras, en las artes y en la industria, ¡y esto en nombre de la libertad! Tú, Bendita entre todos los Santos é infinitamente más Santa que todos, libra a tus hijos y a tus hijas de las sangrientas garras del liberalismo masónico é impío, que por segunda vez quiere manchar las limpias páginas de nuestra noble historia con sus asesinatos y sus rapiñas; que no a otro fin, ¡Virgen Santa! tiende esa llamada ley de asociaciones. ¡Salva, Madre Inmaculada de la Palabra del Eterno a las órdenes religiosas y a las heroicas Asociaciones Católicas, Apostólicas, Romanas que se abrasan por el amor de Dios en el amor al prójimo, sacrificándose todo hasta la vida! Pero tú, ¡oh María, piélagos infinito de misericordia!, serás su escudo y seguirás quebrantando la inmunda cabeza del liberalismo que inficiona con sus deletéreas emanaciones este país esencialmente religioso, como envenenó a la que fué llamada ayer isla de los Santos y hoy es protestante, y como será la ruina de la Patria de San Luis, y como perderá al mundo entero si Tú, ¡Inmaculada Virgen María! no lo salvas. Alcanza la luz para los que atropellan ajenos derechos y viven tranquilos con la usurpación y el despojo a cambio de humanas grandezas y pingües beneficios, que al fin

han de pasar arrastrados por el ciclón revolucionario que se avecina, como leve polvo que arrebatara la tempestad deshecha.

Protege á nuestra comunión tradicionalista, que está dispuesta siempre á luchar y morir en defensa de Dios y de su Iglesia lo primero, y á defender también, sin que humano sacrificio la detenga, á España, que siempre fué su hija fiel, y que con tu dulce nombre en los labios y en el corazón llevó sus gloriosos estandartes con tu veneranda Imagen á remotos países, donde sembró con la cristiana doctrina la civilización y el progreso verdaderos.

¡Españoles católicos, arriba, á defender á la Purísima Virgen María, nuestra Madre, á quien ultrajan los viles enemigos de su Hijo bendito, Cristo Nuestro Señor!, y tendremos su poderoso auxilio, y triunfaremos de los sectarios, y lucirá la verdad, y con ella, la justicia y nuestra antigua grandeza.

Francisco GARCÍA RODRIGO.

España y la Inmaculada.

¡Ven, lira, ven! El bardo peregrino cansado de pisar duros abrojos, se detiene en los altos del camino, para aspirar el aire vespertino y contener el llanto de sus ojos.

¡Ven, ven! Como en los días de mis breves pasadas alegrías, hoy llego á tí sin dudas ni pesares, demandando tus dulces armonías para adornar con ellas mis cantares.

Voy á cantar. Mas ¿dónde sagrada inspiración, hija del cielo, dónde tu soplo bienhechor se esconde, que ni responde á mi ferviente anhelo, ni á mi pobreza y poquedad responde?

¡Es quizá que el sonoro canto del bardo que á tu aliento fluya de las vacantes en el torpe coro, encienda el vicio, la virtud destruya, la calma rompa y precipite el lloro?

¡No, no! Pido tu aliento, divina inspiración, lumbre con alas, para que el son de mi acordado acento por los pliegues undifonos del viento, del suelo pase á las etéreas salas, y llegando á la nube de hermosura, donde se envuelve inmaculada y pura la Madre de mi Dios, y Madre mía, al besar la fimbria de su manto

soy—diga—el eterno canto que España, ¡oh, Madre! con su amor te envía. Mas una fuerza, en mi interior no usada, misteriosa, dulcísima, sagrada, de súbito me agita,

y del caos tenebroso de mi nada á torrentes de luz me precipita. ¡Eres tú, inspiración!... ¡Ay! de tu aliento ya en mi frente serena el beso dulce siento;

ya tu célica lumbre, de suave dulcedumbre mi pecho y mente llena; ya tu entusiasmo santo, llama siempre encendida, calor y luz y vida da á mi amoroso canto.

Ya por el sacro fuego de tu impulso divino arrebatado, de la mísera tierra me despegas; ya por el éter puro, sutil, inmenso, oscuro, undívago y callado, en tus alas flamíferas navegas;

ya la mundana escoria dejé con fuerte brío; ya llegué hasta las puertas de la gloria; ¡ya entré!... ¡Santo bien mío!

¿Qué dulce desvarío de mi febril cabeza, fraguó entre sueños tan gentil belleza para grata ilusión de mi deseo?

¡Eres tú, Madre mía, Purísima María, la que en arrobos y deliquios veo, la que con hondas conmociones miro, ó sólo de mi ardiente fantasía visión es loca, que nació á un suspiro? No es visión. ¡Eres tú, Madre adorada!

¡La sin par! ¡La bendita! ¡La más pura de todas las creaciones! ¡La ideada por la mente de Dios para que fuera, tras de la noche del pecado oscura, bellísima alborada, que delante de Dios, con Dios viniera!

¡Tú, tú, la que de niño invoqué con cariño, con plácida alegría... y de quien hoy ya hombre, para endulzar mis penas, Madre mía, sígo amoroso pronunciando el nombre cien veces, y mil veces cada día!

¡Madre, cuánto eres bella! ¡Cuánto es, Madre, fulgente la lumbre que destella tu arrobadora, inmaculada frente!

¡En mirarte y hablarte me extasio, Madre del alma! ¡Dame, dame, que el labio mío «mi amor» te diga, «mi ilusión» te llame!

¡Dame, que la hermosura que en tí mis ojos ven, que la dulzura que baña mis oídos, si me engendran locura, no embarguen ni me maten los sentidos;

dame, pues, que es mi pecho para tan grande agitación estrecho, que de placer no expire

mi pobre corazón de amor deshecho; dame, que de este ambiente deleitoso, sagrado, eternamente aspire, y pueda eternamente vivir con sus perfumes embriagado!

Ahora alcanzo, Purísima Señora, á la luz de tu luz deslumbradora, la razón de los altos ideales, que artistas inmortales á sus bellas creaciones imprimieron; y alcanzo las caricias que en mares de delicias, de amor y de ventura, los sumieron.

Ahora alcanzo los dulcificados arrobos, los místicos desmayos de Murillo inmortal, ¡de aquel gigante que, al fijar en sus lienzos tu hermosura, dejó á la tierra oscura, porque robó del sol todos los rayos.

Ahora alcanzo el por qué de los cantares que los vates hispanos, desde el rudo Berceo al genial y dulcísimo Zorrilla, entonaron al pie de tus altares con piedad ardorosa y fe sencilla.

Ahora alcanzo por qué los trovadores al monótono son de sus laudes, mezclaban tus encantos y virtudes con sus fervidas cántigas de amores, y á vasallos humildes enseñaban y á señores soberbios repetían, que las trovas y rimas que cantaban en la luz de tus ojos las bebían.

Ahora alcanzo por qué los caballeros generosos, intrépidos, guerreros, en el límpido acero de la espada llevaban, como honor, en sangre escrito, el dulcísimo nombre de la amada, junto al tuyo más dulce y más bendito.

Ahora alcanzo por qué en los sosegados, apacibles rincones de los cenobios místicos, ardían, encendidos por tí, los corazones, y abrasados por tí se consumían.

Ahora alcanzo por qué en los apartados montes abruptos, en las crestas fieras, en los valles umbreros, en las agrias laderas, en ciudades y villas... templos y templos en tu honor se alzaban, sencillos ó grandiosos, que, símbolos de amor, tu amor cantaban, al cantar de tu amor las maravillas.

Y aún alcanzo también por qué el austero cántabro audaz, en rocas guarecido, no vió su cuello fiero de Roma al carro victorioso uncido; en su profundo instinto presentía aquel pueblo de bravos, que, para serlo tuyo, Madre mía, en sus almas de libres no cabía el infame baldón de los esclavos.

Madre, yo abrí la Historia y busqué en mi arduo anhelo un templo de la Gloria que aventajara al de mi patrio suelo. De Egipto ví, junto al sagrado río, las soberbias pirámides, cortando la extensión infinita del vacío; ví en el Ganges sonoro las aguas reflejar palacios de oro de un inmenso poder; de Asiria, el rudo alcázar de Nenrob miré asombrado, guardando en su ancho seno, sobre lagos de cieno, la expresión criminal de su pasado; desierto, triste, mudo, ví el griego Parthenon, donde su solio tuvo el genio inmortal, y en Roma impuro admiré la ambición y la bravura en la cúpula audaz del Capitolio.

Mas, ¡ah! ninguno al de mi Patria había que en valor igualara: todos ellos eran simples destellos del vivo sol que en el hispano ardía. ¡Y cómo, Madre mía, excederlo en el brillo y la riqueza, si el de la hispana Gloria, sagrado templo que formó la Historia, ¡es la inmensa expresión de tu grandeza!

¡Adiós, mi Madre, adiós! Como en los días de mis breves pasadas alegrías, llegué á tu altar sin dudas ni pesares, y te dejé sencillas armonías en el son de mis fervidos cantares.

¡Adiós, adiós! El bardo peregrino, besado por el aire vespertino, se torna ya á los llantos de sus ojos, avanzando en el áspero camino donde hieren sus pies duros abrojos.

Francisco DE P. UNREÑA.

TENGAMOS ESPERANZA

Si; tengamos esperanza en que, por mediación de la Santísima Virgen, quedará Dios muy pronto salvar á España del peligro de muerte en que sus miserables enemigos la han puesto, devolviéndola su antigua grandeza y su antiguo poder.

La misericordia de Dios es muy grande, y aunque mucho castigo merecemos los españoles, más que nada por indiferentes y cobardes, hay que esperar que se apiadará de nuestra Patria, si conserva el amor y devoción á la Virgen Santísima, á María Inmaculada....

La justicia de Dios, que no puede faltar, ha castigado siempre los pecados de los hombres; pero su misericordia infinita siempre

también les ha presentado puerto de salvación, admitiendo su arrepentimiento sincero.

En el año 1656 del mundo, 2398 antes de Jesucristo, la perversión de la humanidad llegó á tal extremo, que la justicia de Dios, ofendida, castigó sus públicos y continuados delitos, enviándola el Diluvio Universal que cubrió de agua toda la tierra hasta quince codos sobre los montes más altos. La misericordia divina advirtió á aquellas pervertidas criaturas, por medio de Noé, del castigo que se preparaba; pero no queriéndole escuchar y tratándole de visionario, siguió precipitándose por el derrotero del vicio y la corrupción, hasta que el castigo justo vino á demostrarles que es locura burlarse y desafiar la grandeza de Dios....

En los presentes tiempos, todos los errores juntos, todos los pecados reunidos, extendiéndose sobre este desdichado país, cual desoladora nube, han hecho que pierda su fe y que abandone sus hermosas y salvadoras prácticas religiosas, materializándose y permaneciendo indiferente ante los ultrajes que á diario recibe la Religión bendita.

Tanta maldad, tanta indiferencia y tanta corbardía, tenían que ser castigadas por la divina justicia, y así como en otros tiempos mandó el Diluvio que inundó toda la tierra, ahora la herejía liberal, madre de todas las herejías, inunda de perversidad el mundo, y con sus gobiernos despóticos y utilitarios, sin más patriotismo que su interés, sirve de verdugo á España que, presa entre sus garras, fallece por momentos, ahogado su poder por las falsas ideas de libertades mentidas que ahora se predicán; el león guerrero sin alientos ni fuerzas no puede revolverse contra los que le robaran su vitalidad, y el Pendón glorioso español hecho girones, con manchas ignominiosas ganadas en Cuba y Filipinas, yace entre el polvo del deshonor y la vergüenza.... ¡Justo castigo á la maldad de los siglos!....

Pero no; la ruina no puede apoderarse de esta Patria, es Templo escogido de la Virgen Santísima, y esta misericordiosa Señora no permitirá que el demonio del error gane la última batalla.

Dios ha querido conceder á España una nueva arca, y en ella se salvarán los que han permanecido fieles á Jesucristo. El partido carlista, sosteniendo la enseña del derecho, y con el escapulario de la Purísima sobre sus corazones, defenderá á España de las iras de sus enemigos, despertará al aletargado león y conseguirá pasear, como en los tiempos de Isabel la Católica, la bandera gualda y roja por todo el mundo y de Polo á Polo.

Si; eso conseguiremos los carlistas, la comunión ultramontana, como nos dicen, y lo conseguiremos porque la Purísima Concepción nos protegerá, guiándonos al triunfo.

San Bernardo dice que María estuvo ya figurada en el arca de Noé, porque así como por ésta se libraron los hombres del Diluvio, por María nos salvamos nosotros del naufragio del pecado.

Tengamos, pues, esperanza; esperanza en la Virgen hermosa y pura, la obra más cumplida y cabal de la omnipotencia de Dios, que hará que pronto triunfe la verdad, devolviendo á España, su querida y predilecta, la fe que en otro tiempo tuvo y la grandeza que siempre la hizo envidiada.

Francisco G. RODRIGO (Hijo).

Á la Inmaculada.

¿Cantar?... ¿Cantar y con humana lengua La del Señor egregia maravilla, Del cielo encanto, del averno mengua, Que de Adán ha brotado sin mancha?...

Citara de David, cítara augusta, De cuyas cuerdas la potente fibra, Cual la divina inspiración, robusta De la historia al través sonante vibra! ¡Estro de Salomón, estro sonoro Con que bajo el copudo sicomoro Y entre lirios balsámicos requiebra A la esposa gentil que lo ha llagado De su cabello con la débil hebra! ¡Trinos de ruiseñor enamorado, Por el repuesto limonar florido! ¡Gorgeos de canora golondrina Sobre el alero que cobija el nido! ¡Onda del mar sonante y cristalina! ¡Blandos murmurios de parlera fuente! ¡Céfiro blando que en el bosque gime! ¡Besos de madre en la serena frente Del rubio querubín que amante oprime!... Cuanto tenga en los mundos armonía

Preste sus notas á la trova mía. Y tú, Señor, Dios Padre Omnipotente, Lumbre de inspiración presta á mi mente Para entonar un cántico á María.

Y oye mi canto ya, mujer sublime, De Emmanuel palpitante Relicario. ¡Gloria á tu Concepción, monte Calvario Do tu futuro Cristo te redime! ¿Qué? ¿No eres tú la inmaculada espuma Del mar de sangre que vertió el Cordero, Cuando del cielo á la morada suma Llegando á modo de asfixiante bruma La infanda acción del Criminal primero, Las Personas Divinas decretaron Y, víctima de paz, lo degollaron Sobre el ara prevista de un madero? Allí tu manantial, límpida Fuente; Allí tu luz, esplendoroso Oriente, Del de la Redención hermoso día; Allí tú titular á la serpiente; Allí tu Concepción, Virgen María!

Gentes, cantad. Cantad á la Azucena Que de perfumes celestiales llena Del humano espinar límpida brota, Luciéndole en cada pétalo una gota De sangre de ese Dios, que aún no la tiene; Pero que, poderoso, la previene Para, de sus entrañas sin pecado, Salir de inmaculada inmaculado, Con sangre, de su sangre, redentora, Con que dejar el mundo bautizado Del Ecuador ardiente, al Polo helado; Del triste ocaso, á la risueña aurora.

Surgid, surgid, gallardos trovadores Del tiempo medioeval; bardos cantores De los antiguos cultos; peregrinos Vates del Lacio en el decir divinos; Sublimes tañedores Del cordaje numérico y sonoro De la tortuga de oro Pléyade insigne, helénicos poetas; Videntes de Israel, santos profetas, Reyes del himno, en el cantar impares: Surgid de vuestras tumbas seculares Y ayudadme á cantar el gran Misterio, Que prepara el augusto Baptisterio En que habrá de lavarse todo el mundo: Que ese eres tú, sin mancha concebida, Límpido Origen del Raudal de vida: Baptisterio magnífico, profundo, Do la sangre de Cristo se ha encerrado Y, después de llenarte, ha bebado Para con sus benéficas corrientes, A manera de río desbordado, Seguir lavando á las futuras gentes.

¡Bendita Concepción! Arco de triunfo Levantado por Dios para su Verbo, Cuando á salvar al Pecador protervo Haga en tiempo y creación su regia entrada. En verdad eres tú Puerta cerrada, Como en imagen peregrina y bella Te llamó desde lejos el Vidente. ¡Atrás toda nación, y tribu y gente! ¡Sólo el Dios Verbo pasará por ella!

¡Salve, Beso de paz, Beso de amores, Por los labios de Dios lanzado al mundo, Caricia en que se truecan los furoros Del Dios que en tiempos nos miró iracundo! No más venganzas ya; no más rigores: El Dios de hierro se trocó en amigo, Y, olvidando pretéritos rencores, Tu seno será el tálamo de flores Do en nudo estrecho se unirá conmigo.

Silencio, trovadores. Silencio, cefrillos bullidores. Silencio de los mundos armonía. ¡Quietos, límpidos luceros tembladores! Va á alborar el día. ¡Atrás, sombras oscuras De la noche de Adán, densas negruras En que cabalga déspota el pecado! ¡Atrás! Échate atrás, noche sombría; Va á despertar el sol inmaculado. Va á alborar María.

Vedla ya, toda tribu y pueblo y gente: Vedla ya levantarse de la nada, Bella cual la alborada Que por primera vez tiñó el Oriente; Plácida y regalada Cual la primera bienhechora brisa Que de Edén columpió la fronda oliente, Y pura, inmaculada y esplendente, Cual de Dios Padre la primer sonrisa.

¡Qué bella es!... Su celestial figura Sobre vivido fonolo de arboles Destaca hermosa, inmaculada, pura... Los rutilantes discos de cien soles Bordan de luz su nívea vestidura. La luna que en los éteres fulgura, Es polvo de sus pies; doce luceros Joyas son de los bucles, que ligeros Quelgan en ondas de oro por su espalda Y querubines de rostros hechiceros Forman en su redor viva guirnalda.

¿Será Dios? No, no es Dios. Es la Criatura Donde Dios por entero se retrata, Como en espejo de bruñida plata Se retrata del sol la lumbre pura. Pero... ¿por qué? ¿por qué, si no lo eres, Pareces Dios, Mujer de las mujeres?... Ah, ya, sí, ¡que la gracia diviniza Háte llenado en tu primer instante! Tampoco es sol el límpido brillante, Que sol parece cuando el sol lo iriza.

No; no es Dios: es tan sólo una Criatura Donde Dios de poder ha alardeado. No; no es Dios: mas ponédla en el altura De todo lo infinito y lo creado. Y si hay lunas, que sirvan de calzado Para su ebúrneo pie. Si soles bellos, Salpiquen de lumínicos destellos Luz, de Tabor, espléndido vestido. Si hay estrellas, adornen sus cabellos, Pues tal reina merece tal prendido;

Y hasta el alto querube, enardecido,
De su celeste clámide á la sombra,
En celajes de nácar sumergido,
Sirva á sus plantas de mullida alfombra.

Mansos arroyos é iracundos mares:
Valles profundos y empinados montes:
Tintas crepusculares,
Fondo deslumbrador de los pinares
De los inaccesibles horizontes;
Nieves de Himalaya,
Y ardiente vomitar de los Vesubios;
Pintados caracoles de la playa
Y del florido naranjal efluvios;
Sol esplendente que el cénit azula;
Tímida estrella que en la fuente ondula;
Brisa que besa y huracán que muge;
Fiera que hambrienta en el desierto ruge
Y ave celosa que en el bosque trina;
Coral de grana que en el mar germina
Y aerolito que cruza el firmamento...
¡Todo lo que no es Dios!, oye mi acento
Y á ese ser te somete y subordina.
¡Todo lo que no es Dios... Y tú, Dios mismo:
Sal del profundo incomprensible abismo
De la insondable eternidad divina,
Y verás, al hacerte Dios criatura,
Sujeto tu indomable poderío
De esa mujer sublime al albedrío!!!

Basta, musa: no más. Apaga, apaga
De la sagrada inspiración la lumbre.
Hemos llegado á tan subida cumbre,
Que la demencia amaga,
Se siente asfíxia, el corazón flaquea,
Resbala el arpa de la torpe mano
Y el labio cantador tartamudea.
Perdón, Virgen, perdón: con eco humano
Quise entonar un cántico á tu nombre.
¡Piedad, Madre de Dios! ¡Piedad del hombre,
Que quiso loco en su delirio insano
Verter en una concha el Océano!

Juan F. MUÑOZ y PAVÓN.

ERES HERMOSA!

Heres hermosa, porque lo ha dicho Dios,
y la palabra de Dios no miente.

—Hermosa eres, amiga mía—ha
dicho; pero no con la hermosura que sólo sa-
tisface á los ojos humanos, que se conforma
con los gustos subjetivos, que varía según el
prisma del capricho, las ideas estéticas, las
vehemencias de la pasión y sus momentos
álgidos.

Eres hermosa, pero no con la hermosura
que pintan á su través los fuegos y los hielos
de las edades, las emociones conscientes ó
las involuntarias del sentimiento, las ilusio-
nes fugaces, los egoísmos ciegos, los vaivenes
de la frivolidad y los instintos bajos.

Tú eres antes que el mundo; Tú eres Rei-
na del mundo; luego eres Reina de la hermo-
sura; porque el mundo es un reflejo de la
hermosura de Dios, y Dios no te hubiera
hecho Reina del mundo si no fueras más her-
mosa que él y antes que él, que es regla de
juicio universal que sólo pueda regir y presi-
dir lo que es antes y mejor á lo secundario.

Tu hermosura no es de hoy, no es de
ayer, es de siempre; tu hermosura es eterna,
porque eternamente la vió Dios en su pala-
bra, que es su pensamiento; y el pensamien-
to de Dios ni empieza, ni cambia, ni cesa,
sino que permanece por los siglos. Y por los
siglos permaneces Tú en la hermosura de la
gloria, risueña predestinación de la hermosu-
ra de la gracia.

Sin Ti no hubiera cielo para el mundo,
porque tuya es la sangre redentora que, divi-
nizada por el Verbo de Dios, abrió el cielo á
los hombres, luego Tú eres la Reina del cielo,
la hermosura del cielo, el cielo mismo es tu
hermosura; que la hermosura del cielo es la
sangre de la caridad, la sangre de Cristo, la
sangre tuya, que tñe con ráfagas de amor
la estola de los escogidos.

Y si eres la hermosura del cielo, tu her-
mosura es completa, sin igual, indefinible.
¡Toda eres hermosa! ha dicho Dios. ¡Toda
eres hermosa! es el himno de los ángeles y de
los santos, porque los santos y los ángeles
repiten sin cesar la palabra divina. ¡Toda
eres hermosa! canta la tierra abismada en el
testimonio sempiterno.

Luego en tu hermosura no hay mancha,
porque si la hubiera, en parte no serías her-
mosa, no serías toda hermosa. Luego no hay
mancha en tu Concepción ni en tu vida.
Desde el primer instante de tu ser natural,
hasta el último suspiro de tu pecho, fuiste
hermosa, como lo fuiste en el pensamiento
de Dios, que te predestinó para Reina de la
gracia ante sus ojos; y como lo eres hoy y lo
serás eternamente, acariciada en la gloria
como belleza de Dios, Hija de Dios, su Ami-
ga, su Reina, su Esposa, su Madre.

¡Su Madre! Dad rienda suelta á las facul-
tades de la razón y á las exigencias del
pecho, y no temáis reclamando sublimidades
y misterios para la hermosura de María; que
ni hombre alcanzó ni ángel logró ver ese
abismo que se esconde en la elección sobera-
na de la divina Maternidad, en que Dios
se agotó á sí mismo en su ciencia, su volun-
tad y su poder, para glorificar accidental-
mente su nombre con la más excelsa de las
glorias posibles, fuera de su esencia y de la
humanidad de Cristo, tomada de la Virgen.

Dejad al corazón sentir; dejad al pensa-
miento obrar; y si ellos os reclaman el mila-
gro de hermosura en honra de María, dádselo;
que ya se le dió con deleite Dios viviendo
en su propio seno. De él recibió su natura-
leza humana y de él se alimentó; y milagro de
hermosura por su pureza había de ser el ali-
mento de un cuerpo formado por la Trinidad
y elevado, no al contacto, sino á la unión
substancial con el Verbo creador, sin el cual
nada fué hecho, y á cuya idea infinita res-
ponde la hermosura.

Eso eres, María, milagro de hermosura,
porque milagro de la hermosura del amor
fué la Encarnación, cuyo primer rasgo en el
tiempo eres Tú, cuya substancia humana
cedió tu humildad, cuyo desenvolvimiento
contó siempre contigo.

Eso eres, María, milagro de hermosura,
porque milagro de hermosura es la exalta-
ción de la carne débil, fraguada de la tierra,
abrigando á su calor las ternuras de Dios
repartidas en el cielo para los justos, en el
tiempo para los pecadores, y en el cielo y en
el tiempo, para Ti, mujer bendita, única que
dió al cielo cuanto el cielo pudo dar y reci-
bió de él cuanto recibir podía; sólo Tú has
besado á Dios en sus labios, sólo Tú has sido
besada por ellos.

Eso eres, María, milagro de hermosura;
y en el milagro todo es poder de Dios, cien-
cia divina, voluntad única soberana. Si al-
guien quiere arrebatártelo, algo merma en
Dios y le injuria; que si pudo, supo y quiso
que fueras toda hermosa (y es prueba de que
así te hizo, cuando te lo llama), hubiera fal-
tado á su poder, á su voluntad y á su ciencia,
si no lo hubiera hecho.

Eres hermosa, pues, desde el primer ins-
tante de tu Concepción sin mancha.

Andrés DEL RÍO.

El mejor premio.

HRA el 8 de Diciembre del año....
En un pueblo de Navarra, donde aún
no se habían extinguido las nobles
ideas que engrandecieron á España, se ter-
minaba la solemne fiesta que, en honor de la
Purísima, se había celebrado en la gran Igle-
sia de carácter gótico. Los vecinos salían de
ella alabando el sermón y haciendo votos
porque pronto se terminase, con el triunfo de
la verdad, la cruel guerra civil, que hacía
años asolaba á nuestra Patria.

En un rincón del amplio templo, una mu-
jer aún joven, en cuyo rostro se observaban
las huellas de un dolor intenso, pero resigna-
do, oraba devotamente, los ojos fijos en una
antigua imagen de la Purísima que inspiraba
á todo el pueblo grande devoción y que, so-
bresaliendo gentil sobre el tenue resplandor
de dos velas encendidas á sus pies, parecía
sonreír á la que humildemente la suplicaba.

—No os pido, Virgen querida, que le de-
volváis pronto á mis brazos cariñosos de ma-
dre si su vuelta hubiera de restar un hombre
á las filas de vuestro Hijo y un guerrero á los
ejércitos de la verdad; antes que yo, es la
bendita Religión, por ella hice el sacrificio de
separarme de él, cuando quizás iba á morir
deshecho su cuerpo por el hierro enemigo; lo
que si os pido, Purísima María, es que si mu-
re, no sea con la desesperación del vencido
impotente para la defensa, sino resignado,
como buen cristiano, implorando vuestro
nombre, y besando el santo escapulario que
colgué á su cuello.....

II

Las camas todas del Hospital de Sangre
instalado en el pueblo de X estaban ocupadas
por los heridos que cayeron en la batalla
librada en las cercanías de aquél, una de las
más terribles y crueles que registra la histo-
ria de la última guerra civil.

El Médico, seguido de un Practicante y
una Hermana de la Caridad, iba de cama en
cama, deteniéndose apenas en unas, parán-
dose largo rato en otras, según el estado del
enfermo, y pasando de largo por las que sólo
contenían un bulto cubierto con la sábana,
señal de que allí había un cadáver.

En un ángulo de la gran sala, un volunta-
rio carlista, con la cabeza envuelta en vendas,
como el hombre que después de larga lucha
ha caído mortalmente herido, pálido, con los
ojos inyectados en sangre, espiraba por mo-
mentos. Un Sacerdote, inclinado sobre la
cama, le hablaba al oído, mostrándole la
Cruzifijo, que el soldado besaba con respeto;
su cuerpo, como si ya quisiese buscar la tie-
rra, se había escurrido hacia dentro de la
cama; de su garganta se escapaba un ester-
tor que bien claro decía lo deprisa que se
marchaba la vida de aquel cuerpo sacrificado
por santa causa, y sus manos, crispadas y
amarillas, arrugaban la ropa del lecho unas
veces, y otras las pasaba por el pecho, como
quien desea encontrar algo, fijando en el Sa-
cerdote sus vidriosos ojos, cual si quisiera
pedirle que le ayudase á buscar alguna cosa.

De pronto, en sus labios se dibuja una
sonrisa; sus manos febriles oprimían un esca-
pulario de la Purísima, manchado de sangre,
que llevaba á sus labios, besándole con
avidez.

Como si la muerte hubiera estado esperan-
do este momento para hacer presa en aquel
cuerpo, el voluntario carlista, el soldado
heroico de las huestes de Dios, conmovido
por el último estertor, inclinó la cabeza y
quedó muerto, oprimiendo entre sus dedos el
escapulario de la Inmaculada.....

El Sacerdote, cubriéndole la cabeza con
el embozo de la sábana, se retiró de allí,
pronunciando una oración.

La Virgen había concedido á su hijo el
mejor premio: una buena muerte.

Aristarco.

Imitemos á María.

«Sr. Director de EL PORVENIR.

MUY señor mío y estimado amigo: Sé
que publicarán Uds. número ex-
traordinario para honrar á La Pu-
rísima, y me ha tentado el corazón á escribir
un artículo con que ayudarles en la ejecu-
ción de pensamiento tan laudable; pero el
corazón es mal consejero para las cosas que
se hacen con la cabeza, y mal que me pese,
me veo forzado á desistir del deseo, porque
debo reconocer mi incompetencia en obras
que tanto estudio y conocimientos necesitan.

Si yo supiera escribir, sabe Dios que diría
muchas verdades, dulces unas y amargas
otras, derivándolas de lo que nos enseña la
creencia católica con relación á nuestra ado-
rada María, y haciendo aplicaciones de ellas
á la actual situación de nuestra España; pero
no sé escribir y debo contentarme con expre-
sar á Ud. mis buenos deseos.

Tengo á la vista una hermosa imagen de
la dueña de mis amores, alegría y consuelo de
mi vida y esperanza de mi alma; me ofrezco
á ella, la pido con instancias que me ilumi-
ne, que me dicte algunas palabras que trans-
mitirle, para que vean la luz pública en su
valiente semanario; pero parece que la
oigo decir que cada uno ha nacido para una
cosa y no es necesario que muchos hagan lo
mismo en lo que con pocos basta.

Yo me contento, me persuado de que eso
es verdad y de que lo que yo pido á la Rei-
nía, que es Reina muy querida de Uds., á
ustedes se lo dará graciosa y abundantemen-
te, para que tengan la suerte de presentarla
sus votos de devoción y la ofrenda de su ca-
riño. ¿Quién lo duda, si Ella es tan agrade-
cida que se desvela en favorecer, en forma
conveniente, á los que la sirven con nobleza
y desinterés, como Uds. lo vienen haciendo?

De todos modos, á presencia de Ella me
hago mil consideraciones, que ordenadas por
quien supiera hacerlo, seguro es que compon-
drían un trabajo de provecho. Su actitud de
moderación inimitable; su mirada fija en el
cielo; su planta pulverizando la cabeza de la
serpiente; su vestido blanco como el campo
de la nieve; su manto de azul, denso en parte
al lado de la sombra y atenuada en otras por
reflejos de los soles que no se ven y se adivi-
nan como soles sobrenaturales; los angelillos
rozagantes que la rien, la encumbran, la
admiran y la bendicen; todas esas cosas jun-
tas y cada una de por sí, la Virgen sola, des-
piertan en mi tantas ideas, que yo creo que
la misma numerosidad es la que me impide
la coordinación conveniente en las tareas de
periódico.

Miren Uds. ahí, si yo fuera hábil, materia
de sobra para llenar mil columnas. Porque
échese Ud. á pensar sobre el detalle más in-
significante, que es el del vestido y el manto,
y á cualquier infeliz le ocurriría exponer el
símbolo de los colores; el blanco, representa-
ción de la inocencia; el azul, semejanza del
empíreo, á que tan delicada virtud tiene paso
franco por derecho. Fijese Ud. en los angeli-
llos alegres, de que está nuestra Madre cerca-
da, y le vendrá á la imaginación un torrente
de significaciones exquisitas que le harían
recordar cuánto será el mérito de la Virgen,
cuando tan contentos y admirados se encuen-
tran con ella los espíritus celestiales que abo-
minan de todo lo manchado, y cuál no será
la santidad de la mujer coronada reina de
ellos que son enteramente santos, y qué par-
ticipación no tendrá en la delicia del gozar
á Dios, cuando ellos que tienen su vida en
verle, y si no le vieran perecerían, no te-

men en cambiar sus miradas desde Dios á
María, porque es indudable que en ella le
verán por ser su santuario, el espejo de sus
ojos y el regalo de su cariño.

Pues si del vestido y de los ángeles pasa-
mos á la contemplación de la actitud de ado-
ración extática y de la mirada, que es un
prodigio indescriptible, un verdadero arcano
que subyuga, no porque nadie pueda pen-
trarle, sino porque mueve á sentir cosas muy
distintas de las de la tierra, revolotean á
cientos en la inteligencia las deducciones ó
inducciones, que en esto, ya lo ve, que no
estoy muy versado. ¿Quién vacilará en creer
que las adoraciones profundas del éxtasis
arrebatan el alma, sumergiéndola en el
océano del amor infinito, no como gota de
agua caída en el mar, que así se perdería la
personalidad humana, sino á manera de alea-
ción, en que cada partícula de las sustancias
componentes conserva su ser propio, pero de
algún modo resuelto en la sustancia domi-
nante? También sugiere la mirada candoro-
sa, fija, enamorada, sin semejanza, que como
el corazón más está donde ama que donde
anima, María tiene sus amores en la gloria
tan por completo, que no halla tiempo para
otras ocupaciones.

Lo cual no contradice su misión augusta de
Madre nuestra misericordiosa, atenta al bien
de sus hijos; antes al contrario, la confirma,
porque María ve en Dios nuestras peticiones
y necesidades, y al mismo tiempo la conve-
niencia y oportunidad de socorrerlas, y esa
es una de las razones porque mira á Dios
tanto.

Ya comprendo, Sr. Director, que me voy
haciendo difuso y que, necesitando Ud. el
tiempo para tejer su corona de piedad á
nuestra Madre, no debo distraerle; pero con-
sientame un minuto más para decirle algo
de lo mucho que yo escribiría, si supiera, de
la resolución y firmeza con que la Virgen
Purísima aplasta al monstruo horrible que se
descubre á sus plantas.

Es él, no le quepa á Ud. duda; es el ene-
migo de Dios, es la serpiente infernal del
liberalismo. ¿No le ve Ud.? Cabeza deformada
como corresponde á los maquinadores de la
traición, del odio y de la perfidia; ojos fulgu-
rantes que pertenecen á las concupiscencias;
boca ancha en proporción á la sordidez de su
avaricia y á las imprudencias que vomita;
cola larga, según la traen siempre sus crimi-
nes; alas aceradas y de agudo filo para volar
sin descanso por el mundo, hiriendo la fe con
la sátira y con la calumnia.

Ya sé yo que representa al pecado, espe-
cialmente al pecado original, cuya cabeza
quebrantó María, siendo concebida en gra-
cia; pero representa también el pecado de
todos los tiempos, y el pecado mayor de nues-
tro tiempo es el liberalismo, que sube al cielo
y niega el derecho de Dios, y baja á la tierra
y funda derechos contra todo derecho. Ni lo
divino ni lo humano está con él seguro, sabe
recoger ó soltar sus anillos en consonancia
con sus planes, deslizarse entre sombras y
hojarascas que oculten sus flacos en el peli-
gro, y sacudir su lengua de fuego para consu-
mir el trono y el altar en que no manda ó no
se le adora.

¿No vé Ud. cómo la Virgen le pisa con
fuerza, impasible á sus amenazas y á sus
rugidos, á sus asechanzas y á sus evolucion-
es? Así hemos de hacer nosotros; á todo
liberalismo fiero ó manso, ó llámese como se
llame, sin contemplaciones que le engríen,
sin tolerancias que nos enervan, sin cesio-
nes que nos matan. Imitando á María, luche-
mos con el monstruo, pisémosle la cabeza
con energía hasta sofocarle, lo mismo si se
desliza en la cabaña que si se enrosca en el
Palacio de los Reyes, confiados en que si Ella
le venció, nosotros le venceremos con Ella.

Dispénsame Ud., Sr. Director, la distrac-
ción que le he ocasionado, siquiera en aten-
ción á mis buenos deseos; pida á la Virgen
por mí como yo la pido por Ud y por la vida
de EL PORVENIR, y mande á seguro servidor

q. b. s. m.,

Ramón LOPEZ.

TOLEDO

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ

Comercio, 55, y Lucio, 8.